

ministros que por V. E. tengan la misma respetuosa amistad y la misma identidad de tendencias.»

En 1861, al entrar triunfantes la Constitución de 57 y la Reforma en México, dijo á Juárez:

—Cambie usted de Ministerio, porque la causa no lo necesita ya y el público pide otros hombres.<sup>1</sup>

Y dimitió, yéndose por última vez á su Pomoca.

<sup>1</sup> En carta dirigida á D. Plácido Vega á Mazatlán el 19 de Enero, llamaba á esta renuncia «suceso sencillo y frecuente en los gobiernos representativos...»

Ese año le postuló *El Día*, de Guadalajara, para presidente de la Suprema Corte de Justicia, y *La Razón*, para la primera magistratura de la República.

Nombrado director interino del Montepío, tenía el propósito de abrir sucursales.

Según la prensa, le eligió diputado el 10.º distrito electoral de Michoacán, y á poco todo el Estado su Gobernador.

Mas nada quiso ya, sino ir á descansar á su Pomoca. «.... lo que principalmente quiero yo tener en Pomoca—escribíale el 17 de Mayo de 1860 á Doña Ana Guerrero, su amada y respetada comadre, que hacía sus veces durante su ausencia—es un refugio seguro para meterme en él á descansar de las cosas públicas, cada vez que éstas me dejen en paz.»

## III

Tiene que cumplirse una predicción: la amenaza de muerte á Ocampo, hecha por *Un cura de Michoacán*, que no tuvo escrúpulos en difundirla el 29 de Marzo de 1851, cuando estaba en su punto culminante la polémica sobre reforma de aranceles y obvencciones parroquiales. «Véase bien—decía—lo que se escribe para el público: los papeles INCENDIARIOS causan no pocas veces una gran conflagración; esto es, *la revolución de ideas mal dirigidas, suele ser precursora de una revolución de armas, y NO SE OLVIDE VD. DE QUE UN SACUDIMIENTO SOCIAL DE ESTE GÉNERO, PUEDE ENVOLVER EN SUS RUINAS Á SU AUTOR, como sucedió á varios de los agentes que figuraron en la revolución francesa.*»

El autor de la ruidosa iniciativa contestaba entonces á su contrincante: «sólo siento que vd. haya levantado el estandarte de esa farsa que se me hace, hasta el punto de *haber infundido varios temores por mi vida á las personas que por mí se interesan.*»

Dos veces estuvo á punto de ser asesina-



do: en Junio de 1853 y en Enero de 1857. Escribía desde Pomoca, el 4 de este mismo mes y año, á D. José María Mata: «Un aviso de Elizondo sobre que *volvían para aprehenderme* me hizo salir de aquí el miércoles; llegué ayer tarde de vuelta. Yo también pienso como vd., que mi permanencia en estas inmediaciones *me expone más fácilmente á la persecución eclesiástica.*»

Y en efecto, la persecución era eclesiástica: la dirigían, entre otros Prelados, D. Clemente de Jesús Munguía y D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.

En 1861, los señores Antonio y Patricio Balbuena, amigos suyos que residían en Maravatío, suplicaron á Ocampo que con sus hijas fuese á la población á pasar el Corpus de ese año.

—Ellas irán; las llevo, pero yo regreso— les dijo.

En aquellos días le subyugaba una misantropía aniquiladora, que hizo prorrumpir á su corazón:

«Con uno ó dos que amen, los demás que aguanten.»

Todos los suyos instábanle á que saliese de Pomoca, porque corría inminente peligro. Y él serenábalos así: «No habiendo he-

cho mal á nadie, no hallo motivo para tomar precauciones de seguridad personal.»

Vamos á hacer composición de lugar para que se forme idea clara el lector de cómo fué la aprehensión de D. Melchor Ocampo. La venta de Pomoca es un solo edificio: amplio y alto portal al frente; en un extremo una pieza, que es la fonda; en el otro, una tienda; en el medio una gran puerta, la de entrada en el mesón, en que hay diez cuartos de iguales dimensiones. Salvada ésta, aparece un gran patio. Le sigue otro, más pequeño, que es la caballeriza, con pesebres en el fondo y los costados. En el ángulo del primer patio, contiguo á la tienda, ésta se comunica con el interior. Cerca, á un paso, está la puerta de lo que era la biblioteca. En dirección de la puerta y pasada la biblioteca, arranca un pasillo con acceso por uno y otro lado á dos recámaras y sale á una casita cuyo corredor, pequeño y angosto, se quiebra en sus extremos por igual, cayendo á él una sala de dos ventanas con vista al camino real; una ventana, la de la recámara de D. Melchor, que por uno de sus costados comunica con la sala; el pasillo; otra ventana y una puerta de otra recámara; el comedor y la cocina.



Un alto muro, en el que todavía trepan enredaderas, aísla de la era y las trojes el patiecito. Hacia éstas abre un zaguán pequeño. El comedor y la cocina tienen sus espaldas hacia el corral de las gallinas, comunicándose con él. A este corral lo separa del jardín una tapia, en donde hay una puerta de escape á flor de tierra, por donde apenas puede deslizarse un cuerpo. Después del jardín, empieza la llanura y suavemente arrancan las faldas de los cerros de San Miguel el Alto, cuyos indios, carboneros, bajaban los sábados á Pomoca y los lugares vecinos á vender su mercancía; y luego de realizarla, el Reformador, con inagotable cariño paternal, les enseñaba á leer y escribir y á ser hombres de bien.

Frente al mesón, á tiro de escopeta, el camino real forma una T. Uno de sus brazos es la entrada en la venta y el otro desciende pedregoso entre fresnos plantados por el Reformador, hasta un puente de cal y canto, obra suya también, desde donde ya desaparece el edificio de la venta. Aquí hay un camino vecinal: es el de Pateo y Paquisihuato.

Es el año 1861 y estamos en martes, 28 de Mayo. Los habitantes de la venta de

Pomoca son: el amo, D. Melchor Ocampo; el ama, D.<sup>a</sup> Ana Guerrero, su comadre; las Sritas. Petra y Lucila Ocampo; Clara Campos, empleada de confianza; mayordomo y jardinero, Esteban Campos; criado de confianza, Marcelino Campos; mesonero, Gregorio García; cocinera, Gregoria Ramírez; recamarera, Teresa Padilla. Hay dos huéspedes: Pedro Zárate, español, á quien ha hecho beneficios el amo y va á colocar en Morelia, y Pedro Amézarre.

D. Melchor convalece de una erisipela.

Llega á la venta el Sr. Claudio Ochoa, dueño de Pateo, y le noticia que una partida de reaccionarios anda cerca, que corre peligro y es preciso que parta.

Miércoles, 29, de la semana en que es el Corpus. Son las ocho de la noche y cenan D. Melchor, D.<sup>a</sup> Ana, la Srita. Petra, los Sres. Zárate y Amézarre. La Srita. Lucila está en cama y la cuida á su cabecera Clara Campos.

Al tomar el té, oyen un ruido como de barreta en la pared del comedor, que cae al corral de las gallinas. D.<sup>a</sup> Ana y Marcelino Campos, luz en mano, van á ver qué es. —No es nada, dicen, de regreso, después de haber buscado en el corral.



Como persiste el rumor, van otra vez á buscar y al rato vuelven y dicen lo mismo.

La persistencia del ruido hace que D. Melchor se levante de la mesa, diciendo:

—Yo también seré curioso.

Y primero en los corredores, y luego en el patio, y después en el corral, busca escrupulosamente entre las enredaderas, entre las plantas, en los rincones. En esto, prorrumpe:—Pero si hay alguno, me ve primero, porque estoy vestido de blanco. Me voy á poner un traje negro.

Entra en su recámara.

Torna al patiecito, sale al zaguán chico y se encuentra con D<sup>a</sup> Ana, las Sritas Petra y Lucila, Clara y Marcelino Campos. Aquí se oye un correr de caballos, ruido de armas y rumor de voces, que, pareciendo salir del mesón, se va hacia el puente.

D. Melchor da orden á D<sup>a</sup> Ana para que con sus dos hijas se escondan en el subterráneo de las alhajas, en el corral de las gallinas. En tanto, armado de una pistola, en noche obscura, va á ver qué es. Al entrar en el brazo de camino que conduce á la venta, oye el mismo ruido que se aleja á medida que avanza en su seguimiento, hasta el puente, donde ya sentado en uno

de los bordes, siente á Marcelino Campos, que ha ido detrás, cuidándole.

De vuelta á la casa, dice á D<sup>a</sup> Ana y á sus hijas:—Nada hemos visto. ¡Quién sabe qué será!

A la hora de acontecido el extraño suceso, llega D. Juan Velázquez, de su hacienda, rumbo á Ixtlahuaca.—Acaban de llegar á la hacienda, dice, una partida de reaccionarios. Es conveniente que vd. se vaya luego con la familia. Es probable que traigan este camino.

—Yo no me muevo de aquí, habla Ocampo.

—Yo voy á Maravatio á pasar el Corpus.

—Pues le suplico que acompañe á mi familia.

Ocampo, á ratos lee, á ratos se pasea: ya no pasa bien la noche. Se acuesta á hora muy avanzada.

Jueves. No quiere desayunarse.—¿Qué está vd. malo? le pregunta D<sup>a</sup> Ana.—No, no tengo nada. Nada más tráigame una taza de té.

A las seis de la mañana parten sus hijas y Clara á Maravatio, acompañadas del Sr. Velázquez. En el portal está él, triste, arrebujado en su capa y cubierta la cabeza con



una cachucha. Como petrificado, no pierde de vista á la caravana, hasta que las sinuosidades del camino hacen desaparecer las siluetas. Sus hijas, llorando, le habían besado la mano, de despedida. Petra hasta fingióse enferma, para quedarse.

—Está muy bien, mis señoras, les había dicho, allá nos veremos el sábado para que nos vengamos juntos.

La víspera, al ir al mesón D<sup>a</sup> Ana á traer agua, había visto á una persona sospechosa, vestida de negro, en cuyo cuarto parecía haber alguien, á quien metía de comer, sin dejarle salir para nada. Había visto también que un caballo tenía en una anca esta palabra: *Religión*. Hace palpar el peligro á D. Melchor y le insta á que se vaya.—¿A dónde me voy?—A Apeo.—Saldré, pues: que ensillen los caballos.

Preguntado el misterioso por qué su cabalgadura tenía esa palabra, contestó que unos soldados le habían quitado en el camino su caballo bueno y le habían dado ese.

Al saber Ocampo esta razón, la juzga muy natural y manda desensillar, diciendo que siempre ya no se va.—Compadre, ¿qué siempre no se va vd.? le pregunta D<sup>a</sup> Ana.

—No, comadre, ¿á dónde me he de ir? Parece que no molesto á nadie.

A medio día, D<sup>a</sup> Ana le pregunta si ya quiere comer, porque es tarde; que no debe estar sin comer. Al sentarse á la mesa, tiene enfrente una taza de caldo.—Me voy á tomar este caldo, prorrumpe, como una taza de agua de tabaco. ¡Extraño mucho á mis hijas!

—¿Por qué no se fué vd. con ellas, compadre? ¿Por qué cambió de parecer?

—El sábado voy por ellas.

Este diálogo fué cortado por Gregorio García, que le dice:

—Señor, ahí viene tropa á fuerza de carrera.

D. Melchor sale á una de las ventanas de la sala á verla. En este momento llaman en la puerta del mesón, y D<sup>a</sup> Ana, después de indicarle que se vaya por el jardín, atraviesa el pasillo, sale al patio grande y abre el portón. Lindoro Cagiga es el primero en apearse y en hacer que le conduzca la señora á donde se encuentra D. Melchor. Ya lo había negado; y Lindoro, insistiendo, la lleva por rincones y piezas, hasta la sala de la casa, en donde Ocampo aparece á espaldas de D<sup>a</sup> Ana, que insiste en ne-



garlo.—¿Pues á quién buscan? pregunta él.—¿Es vd. Ocampo? le pregunta Cagiga.—¿Qué mandaban vdes., mis señores?

Cagiga le presenta una orden escrita de Márquez. La lee y luego dice:—Está bien: estoy á sus órdenes. ¿Quiéren vdes. tomar la sopa?

Negáronse. D.<sup>a</sup> Ana le pregunta entonces:—¿Qué se cambia vd. ropa, compadre?—Quién sabe si me lo permitirán los señores.

Se lo permiten, pero en compañía de un oficial. Entra en su recámara y deja caer con disimulo en la cama, entre su ropa, su reloj de oro y sus mancuernas de brillantes.

Hacen que monte en un rocín, cuya silla es toda de remiendos, sin freno, con un cabestro por bozal. D. Melchor es sobre él un rey de burlas.

Y toman el camino de Pateo. Llegan á las tres. Allí están de paso, para irle á visitar á Pomoca, D.<sup>a</sup> Teresa Balbuena de Urquiza y su hijo D. Francisco Urquiza. Este ve que no trae nada, para resguardarse del agua, y le regala unas chaparreras y, para que se las sujete al pantalón y no se le suban, unas correas. Dice:—Hijo, nadie creería que soy de Michoacán, pues ya ves

que los padres, para dar el Viático, se ponen chaparreras.

A la media hora hacen alto en Paquisihuato y sientan á la puerta de una troje, con centinela de vista, al preso.

Al rato se prosigue el camino á Maravatío, donde, á las seis, van á parar al mesón de Santa Teresa. Su llegada produce sensación: allí es el Amado, no ha hecho más que bienes, no tiene más que amigos.<sup>1</sup> Pretenden apersonársele, para que se fugue, horadando el muro del cuarto que ocupa, D. Antonio Balbuena, su condiscípulo, y D. Francisco Urquiza; pero recuerdan su carácter digno y comprenden que toda tentativa es inútil.

Al día siguiente, á las seis, salen para Toxhic. D. Antonio le regala una manga de hule.

Apenas ha salido, se reunen sus amigos predilectos en la casa de D. Antonio Balbuena y se propone que D. Gerónimo Elizondo, á quien el General Leonardo Márquez debe la vida, vaya tras él, para sal-

<sup>1</sup> Maravatío le debe el mejor y más útil de sus edificios: que es donde están las escuelas, las autoridades y la cárcel.



varle; pero tal es su confianza en el buen éxito, que cree que una carta, mandada con Teodosio Espino, correo extraordinario, basta para conservar la vida del Reformador. La carta llega tarde.

Ese día, á las cuatro, toma chocolate en la hacienda de Tepetongo, en el pretil del corredor, de pie. Ya noche arriba á Toxhic.

La jornada del día siguiente es hasta la estancia de Huapango, en donde le reciben los Grales. Félix Zulóaga y Leonardo Márquez.

La otra jornada es á la villa del Carbón.

Duerme en el mesón de los Fresnos, de D. José Velázquez, y le proporciona alimentos y cama su buen amigo D. Doroteo Alcántara.

La última estación es Tepeji del Río, en donde entran la mañana del 3 de Junio. Se le pone en el mesón de las Palomas, con centinela de vista, en el cuarto núm. 8. En la misma calle, á corta distancia, se hospedan Zulóaga, Márquez y otros generales. Transcurrida una hora, es aprehendido el guerrillero León Ugalde, al apearse de una diligencia, dentro de la población, en medio de sus enemigos. Es puesto en capilla y se dan órdenes de que sea pasado por las

armas. Varias personas de la población, á la cabeza el cura D. Domingo M. Morales, ruegan a Zulóaga y á Márquez que perdonen á Ugalde. Por fin, tras de algunas vueltas, lo consiguen, regresándole de entre las filas y en camino ya del patíbulo.

En tanto, D. Nicolás Alcántara, ahora Presidente Municipal de Tepeji del Río, como á las diez de la mañana, lleva un vaso de agua á D. Melchór Ocampo, y tinta, y papel para escribir su testamento.<sup>1</sup> En la

I PROXIMO A SER FUSILADO, SEGUN SE ME ACABA DE NOTIFICAR, declaro que reconozco por mis hijas naturales á Josefa, Petra, Julia y Lucila, y que en consecuencia las nombro mis herederas de mis pocos bienes.

Adopto como mi hija á Clara Campos, para que herede el quinto de mis bienes, á fin de recompensar de algún modo la singular fidelidad y distinguidos servicios de su padre.

Nombro por mis albaceas á cada uno in sólidum et in rectum, á D. José María Manzo, de Tajimaroa, á D. Estanislao Martínez y al Lic. D. Francisco Benítez, para que juntos arreglen mi testamentaria y cumplan esta mi voluntad.

Me despido de todos mis buenos amigos y de todos los que me han favorecido en poco ó en mucho, y muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en consecuencia que era bueno.

Tepeji del Río, Junio 3 de 1861.—M. OCAMPO.

Firman este á mi ruego cuatro testigos y lo depusi-



pieza no hay más que una tarima, una silla de tule y una mesita. El Reformador se pasea pensativo, triste. El cura Morales se le presenta para confesarle.—Padre, estoy bien con Dios y él está bien conmigo, le contesta.

Como á las dos de la tarde, le sacan entre filas, camino del suplicio. Pasa frente á la casa donde están sus verdugos, la cual tiene grandes ventanas bajas. Va en un caballo mapano. Viste traje gris, lleva sombrero aplomado, ceñida á la copa una cinta de plata. Juega con un fuede las crines, las orejas y la cabezada de su cabalgadura. En Caltengo pide que se le permita hacer una adición á su testamento. D. Gabino Tapia, administrador de la hacienda, le ofre-

to en el Sr. general Taboada, á quien ruego lo haga llegar á mis albaceas ó á D. Antonio Balbuena, de Maravatío.

En el lugar mismo de la ejecución, hacienda de Tlalengo, como á las dos de la tarde, agrego que el testamento de Doña Ana María Escobar está en un cuaderno en inglés, entre la mampara de la sala y la ventana de mi recámara.

Lego mis libros al Colegio de San Nicolás, de Morelia, después de que mis señores albaceas y Sabás Iturbide tomen de ellos los que gusten.—M. OCAMPO.—J. I. GARCIA.—MIGUEL NEGRETE.—JUAN CALDERON.—ALEJANDRO REYES.

ce una mesa, un banco y pluma y tinta, y el Reformador escribe, sereno, con pulso firme.<sup>1</sup> Luego sigue su Calvario y á dos pasos hace alto la tropa. Quieren que se hinque, pero rehusa con energía y espera de pie la muerte.—¿Para qué? Estoy bien al nivel de las balas—hace observar.

Ya cadáver, ante una muchedumbre de día de plaza, los mismos soldados le cargan, le pasan una reata por las axilas, lo aseguran y le cuelgan á un árbol de pirú.

Todas estas son órdenes terminantes del Gral. Leonardo Márquez; todo es bien meditado; todo ha sido discutido. La ejecución sabíanla los Grales. Taboada, Argüe-

<sup>1</sup> El general Miguel Negrete, cuya voz es muy autorizada en este caso, dice en sus *Memorias*, inéditas aún: «Un día recibí una orden del señor general Márquez para que marchara á unirme con él á Cuautitlán, donde se encontraba con una fuerza respetable que traía de la Sierra. A las diez de la mañana me incorporé con mi fuerza á las del señor general Márquez y con bastante disgusto *supe que había fusilado al Sr. D. Melchor Ocampo* y que éste había hecho su testamento, al que le faltaba una firma de un testigo, prescindiendo yo voluntariamente para legalizar dicho documento con mi firma, no obstante ver que todos se rehusaban á firmar. *Esta ejecución se había hecho por orden del general D. Félix Zuloaga*, que aparecía allí con el título de Presidente.»



les, Zires y hasta el pueblo. No hay punto del tránsito, de Maravatio á Tepeji del Río, que ignore que el Reformador va á ser pasado por las armas por Márquez.—Allí va preso D. Melchor, para que lo fusile Márquez, se dice á una voz.

Márquez, á su salida de Tepeji, contempla á su víctima todavía pendiente del árbol. ¡Casi pasa debajo de ella!

No hubo, pues—y asíéntelo de una vez la Historia—ni pudo haber equivocación entre el preso León Ugalde y D. Melchor Ocampo, puesto que ya no había, á la hora en que fué sacado entre filas, más que un preso en peligro de muerte: ¡él! A León Ugalde hacía más de dos horas que Márquez y Zulóaga le habían perdonado la vida, de acuerdo ambos. ¡Hasta le habían regresado de cerca del patíbulo el cura Morales, D. Piedad Trejo, que vive aún, y otras personas que consiguieron el perdón.

Y además, qué prueba más concluyente de la premeditación en el fusilamiento de D. Melchor Ocampo que su mismo testamento, el cual fué leído por el general Leonardo Márquez y muchos de los jefes militares de su séquito, y que comienza con estas palabras, reveladoras de la culpabilidad

de Márquez y Zulóaga: PROXIMO A SER FUSILADO, SEGUN SE ME ACABA DE NOTIFICAR...

Márquez, el “hijo predilecto de la Iglesia,” el “soldado de la Cruz,” es el verdugo; y Zulóaga, su cómplice.

La sangre del Mártir, expresión inmaculada de la Reforma, padre de la Democracia, verificó la reconciliación entre los liberales, entonces, y dióles la paz, la fuerza y la victoria. Con ella, cual talismán, se allanó la marcha del Ejecutivo, que había encontrado más obstáculos en sus correligionarios que en la reacción. El, que no tuvo otras armas que su pluma y su palabra en vida, fué, á su muerte, una saludable resurrección social.

Escuchemos de boca del general Félix María Zulóaga la triste agonía del Mártir, tal como nos la ha referido, punto por punto, en una entrevista:

«Descansando una mañana calurosa en Guacaleco (estancia de Huapango, debe decir) vimos por el camino levantarse una espesa polvareda detrás de un ginete; nos pusimos en guardia; creíamos que fuera el enemigo: era el gachupín Lindoro Cagiga que traía preso á Ocampo, habiéndole



aprehendido en su hacienda de Pomoca. 1

—Es preciso fusilar á Ocampo: es muy liberal; es el autor del tratado Mac-Lane—me manifestó Márquez.

—No; porque no se le ha cogido con las armas en la mano. Enhorabuena que sea juzgado en consejo presidido por vd. y que se le sentencie—le dije.

Llamé al general de caballería Antonio Taboada y le ordené que quedaba bajo su vigilancia el señor Ocampo, que le guardara toda clase de consideraciones y que me respondería de su vida.

Nos dirigimos á Tepeji del Río, que es

1 Sobre la vida de este bandido de Santander, España, da idea la presente carta, que publico con todos sus puntos y comas, escrita por D. Manuel Pérez, de la hacienda de Arroyozarco. Está conforme todo lo que se noticia en ella con el resultado de las investigaciones que sobre Cagiga hice en San Miguel Acambay, San Juanico y Huapango.

«Lindoro Cagiga fué uno de tantos españoles que vienen al país en la peor condición en pos de mejor fortuna. Cuando llegó á Arroyozarco traía ropa que ni era de su medida, pero luego que se recibió de la administración de la hacienda, todo cambió: se hizo de muy buenos caballos y comenzó á gastar lujo. Le agradaba la charreada y con diez ó quince mozos hacía sus jaripeos muy á menudo.

«Parece que tuvo algunos amores con una señorita

una larga calle con casas á los lados y un puente á la entrada. Esparcimos las fuerzas por la población. A los pocos instantes, por unos soldados fué sorprendida una diligencia, en la que iba León Ugalde.

Romero, de una de las rancherías de la municipalidad de Polotitlán, por cuya circunstancia los parientes le comenzaron á mal ver, queriendo buscarle camorra y sin duda esto fué uno de los móviles para empezar á buscar relaciones con gente de la política en aquella época, como Luis Larrauri, Francisco Llamosa,<sup>1</sup> Márquez y otros, con lo que bastó, nombrán dose jefe revolucionario más que servidor de Arroyozarco.

«Lindoro era muy tenaz y cruel con los transeúntes, particularmente con los dueños de trenes de carros que pasaban por la hacienda: exigía cantidades exorbitantes, ya como préstamo ó ya con carácter de peaje; todo lo cual fué una circunstancia más para que la gente trabajadora le tuviera mala voluntad.

«Le acompañaba otro español, Alonso,<sup>2</sup> y se reputaba su segundo. Cuando ambos jefes se encontraban por Acambay, se le ordenó al segundo cubriese el camino de Arroyozarco á Acambay, por Feudó, como vigilante; pero éste, teniendo sus líos con una joven, hermana de Leocadio Romero, abandonó su deber; y resentido Romero con Alonso, se dirigió á Arroyozarco á poner en conocimiento del Coronel Barriga, que le tocó de destacamento, para noticiarle que Lin-

1 Larrauri y Llamosa eran españoles.

2 José Alonso fué aprehendido en un cerro de San Juanico, pueblo entre Acambay y Arroyozarco, y fusilado en San Francisco Calpulalpan.



—A éste sí lo fusilamos—me dijo Márquez.

—Sí; á éste sí, porque es un bandido. Llame usted al cura para que lo confiese. Márquez se separó de la casa en que es-

doro estaba en Acambay y era ese el momento de atacarlo; y al efecto, Romero sirvió de guía. Efectivamente, la jornada no fué infructuosa, pues se le dió alvazo al español Lindoro, encerrándole en su cuartel, que era un mesón, en la población; quiso escapar, brincando una tapia; pero siempre fué recogido con una pedrada en la cara y un lanzazo de un soldado.

«Como el Coronel Barriga tenía orden de desterrar de estos rumbos, por haberse constituido Lindoro el terror de la gente trabajadora, mandó, como medio más sencillo, cortar la cabeza y la trajo uno de los soldados en una zalea prieta y enfrente de la hacienda y en la línea del camino real se la colgó de una viga, por nueve días. Hubo algunos caminantes á quienes les tocó la tiranía del muerto, que todavía tuvieron tiempo de apedrear la cabeza.

«Después fué recogida la cabeza y se enterró en el campo mortuorio de Arroyozarco.

«En momentos en que Lindoro mandaba confesar á Serrano, de Acambay, para fusilarlo y colgarlo en un árbol, porque no le daba el dinero que le exigía, fué cuando le cayó la fuerza liberal; y el mismo árbol elegido para Serrano, sirvió para colgar el cuerpo de Lindoro.

«Lindoro tenía dentadura postiza y encasquillada en oro, la cual le fué extraída por uno de los soldados en el momento de colgar la cabeza.»

tábamos, casa del comerciante Piedad Trejo, y ordenó al coronel Antonio Andrade, jefe de su estado mayor, que dijera á Taboada que por orden mía fusilara al prisionero. Leía yo todavía sentado á la mesa la correspondencia de Juárez, que se le había recogido á Ugalde, cuando llegó Andrade y avisó á Márquez que estaba cumplida la orden: que el preso estaba fusilado.

—Pero ¿qué preso?—preguntó con hipocresía Márquez.

—Pues..... el señor Ocampo—respondió Andrade.

Me levanté indignado; mandé llamar á Taboada y ordené que Andrade y él fueran inmediatamente encausados; lo cual no se verificó, por el señor Márquez, y esto me confirmó en la idea de que la llamada equivocación era de acuerdo con él. No hubo tal equivocación: Márquez había combinado con ellos la manera de matar á Ocampo y aparecer él como inocente.<sup>1</sup> Aca-

1 ;Qué mejores testimonios de la culpabilidad del General Márquez, que el dicho de dos de sus correligionarios, de sus compañeros más autorizados!

En *El general Miguel Miramón*, obra de que aparece autor Víctor Durán; pero que en realidad de verdad es la viuda del general, se lee, después de tratarse de la hecatombe del 11 de Abril de 1859, en Tacu-



bado de cometerse el fusilamiento, llegó de México Antonio Colomo con una carta de mi esposa, en la que me suplicaba encarecidamente la vida de Ocampo, y otra del

baya, la cual valióle al general Leonardo Márquez el nombre de *Leopardo*:

«Más tarde, cuando Márquez guerreaaba al frente de los revolucionarios de México que reconocían como presidente de la República al Sr. Gral. Félix Zulóaga, el jefe español Lindoro Cagiga sorprendió á D. Melchor Ocampo, antiguo Ministro de Juárez; el Sr. Ocampo estaba á la sazón en la hacienda de Pomoca, cuidando sus personales intereses; las mismas tropas revolucionarias capturaron á D. León Ugalde. Por mucho tiempo se deliberó con respecto á la suerte de ambos prisioneros y Márquez pidió que fuesen fusilados. Zulóaga se resignó á sacrificar á L. Ugalde, y Márquez, que fué quien recibió de viva voz la orden de ejecución, dijo al coronel Antonio Andrade: Que se ejecute al prisionero.

«Y D. Melchor Ocampo fué pasado por las armas por orden secreta de Márquez. Cuando más tarde el Gral. Zulóaga pidió á Márquez explicaciones, éste pretextó haber comprendido mal.» *El general Miguel Miramón*, tomo I, págs. 175 y 176.

En esta misma obra se dice que los hechos de Márquez «demuestran hasta la evidencia su temperamento sanguinario.»

En las *Últimas horas del Imperio*, por el general Manuel Ramírez de Arellano, páginas 20 y 21, se lee:

«El gobierno de Miramón cayó en Diciembre de 1860. Márquez continuó combatiendo al gobierno de

Sr. Nicanor Carrillo, que había hecho muchísimos favores á Márquez, en la cual le pedía no fuese á fusilar á D. Melchor. Márquez contestó que ya no era tiempo, por-

Juárez bajo las órdenes del general Zulóaga, á quien reconocía como Presidente. El Lic. D. Melchor Ocampo había sido Ministro de Juárez cuando se publicaron las leyes de Reforma. Liberal de buena fe, de convicciones profundas, hombre honrado y de grandes talentos, se había separado del Ministerio tan luego como había triunfado su partido, y vivía retirado de la política en su hacienda de Pomoca, adonde se ocupaba de hacer prosperar su modesta fortuna. Márquez envió en 1861 un piquete de tropas para aprehenderle en su propia casa, como se hizo en efecto. Tan luego como le tuvo en su poder, pidió al general Zulóaga la orden para fusilarle. La orden le fué rehusada. Entonces Márquez recurrió á una verdadera infamia, que hizo más odioso aún el asesinato del ilustre mexicano. Ocampo, en efecto, pudo haber sido fatal á su patria por la exageración de sus ideas políticas, pero sus cualidades elevadas le hacían digno de respeto.

«Su aprehensión había tenido lugar al mismo tiempo que la del guerrillero Ugalde.

«Zulóaga consintió en que se fusilara á este prisionero, y dió á Márquez las órdenes necesarias. Cuando el hombre sanguinario estuvo ya autorizado para pasar por las armas á Ugalde, previno á la guardia que vigilaba á Ocampo que cuando uno de sus oficiales de órdenes fuese á dar aviso para fusilar al prisionero, al ex-ministro de Juárez era á quien debían ejecutar. Así fué asesinado un hombre tan notable por



que yo lo había mandado pasar por las armas, lo cual es una falsedad expresada en dicha contestación, supuesto que Márquez había querido hacer pasar por equivocación la muerte de Ocampo, y esto era lo

sus talentos como por la energía de su carácter. Satisfechos los instintos feroces de Márquez, éste se disculpó con Zulóaga, haciendo pasar la muerte de Ocampo como un error fatal cometido por aquellos á quienes él había transmitido la orden relativa al guerrillero Ugalde.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> «A la buena amistad del general Zuloaga debemos los detalles horribles de este crimen, del cual nos ha hablado aún en el mes de Febrero de este año, durante nuestra permanencia en la Habana.

«El hecho siguiente, que tuvo lugar en presencia nuestra, no carece de interés: En 1864, pasando varias veces por la hacienda de Ocampo en compañía de Márquez, el asesino saboreaba aún con placer la sangre de esta víctima, después de haber pasado varios años. Cada vez que pasaba por la hacienda de Pomoca, se detenía para almorzar ó pasar la noche, y dormía en el cuarto de Ocampo!!!» (Nota del general Manuel Ramírez de Arellano.)

En los últimos días de Octubre de 1900, en nuestra peregrinación de Pomoca á Tepeji del Río, en compañía del periodista D. Aurelio J. Venegas y el fotógrafo D. Adalberto Maya, de paso por Pateo, hacienda que fué de Ocampo, nos refirió su Administrador, el capitán D. Manuel Aranzubia, compañero de campañas y amigo del general Leonardo Márquez, que éste, últimamente, le había ofrecido muy formal que iría con gusto á la hacienda á pasar una temporada. En ella todavía se conservan intactos, entre otras muchas cosas del gran Reformador, su recámara, un subterráneo que arranca de debajo de su lecho y no se sabe á dónde tiene salida, y hasta un agujero cubierto con cristal, hecho en la puerta que da al exterior, el cual agujero servía para que observara el camino real y si había peligro desapareciera como por escotillón, por el subterráneo, bien cubierto con la alfombra.

que debió haber contestado á Carrillo y no que había sido fusilado de mi orden. Créalo usted, hubiera yo mandado fusilar, si hubiera estado á mi alcance hacerlo, á Márquez, á Taboada y á Andrade; pero las circunstancias en que nos encontrábamos, me obligaron á desistir de la idea.

—¿Y habló usted con Ocampo?—pregunté al general Zulóaga.

—Sí, muchas veces. Tenía un valor admirable; le decía yo que no tuviera cuidado, y me manifestaba que sólo desconfiaba de Márquez. Tenía yo vivo interés en conservar la vida de Ocampo, porque estaban presos, en México, Zaldívar, Elguero y Cuevas. Pensaba yo hacer un canje con Juárez: enviárselo y que él pusiera en libertad á mis amigos presos.

—¿Murió con firmeza Ocampo?—interrompí á Zulóaga.

—Según supe, por los informes que recibí, con mucho valor, sin preocuparse; y escribió su testamento con pulso firme en papel colocado sobre sus rodillas. ¡Ah! nunca podré olvidar ese día que fué uno de los muchos tristes y penosos de mi vida. Dicen que aquí, al saberse la noticia del fusilamiento, los clubs políticos reco-



rrían las calles pidiendo las cabezas de los prisioneros.”<sup>1</sup>

Todo México, entonces, como un solo hombre, levantó indignado su voz, exigiendo represalia; pero D. Benito Juárez, presidente de la República, hizo saber que primero pasarían sobre su cadáver que permitir el falseamiento del espíritu de la ley.

«Ocampo—dice Zulóaga—era un buen hijo, un cariñoso padre, un sincero amigo, un verdadero patriota y liberal, y un hereje de corazón, y no como otros, por interés.»

¡Qué mejor juicio sobre el glorioso mártir de Tepeji que éste del general Félix Zulóaga, su condiscípulo é implacable enemigo!

Ante el cadáver, invocó así á esa alma grande y pura D. Ezequiel Montes:

«¡Alma veneranda de Ocampo! Desde el seno de Dios, donde reposan las almas de los justos, dirige una mirada sobre la gran familia liberal, de la que fuiste el más puro y precioso ornamento..... Y si estás contento y satisfecho de los sentimientos

<sup>1</sup> Una muchedumbre de gente, presidida por Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Ponciano Arriaga, pedía la cabeza del Ministro universal de Miramón, preso en el ex-Arzobispado, y «cuyo cráneo, decía Altamirano, debía estar ya blanco en la picota.»

que la animan, pide al Remunerador de los buenos, que nos una estrechamente para salvar la independencia y la libertad de la República; pide también que cuanto antes podamos decir: «Que el pudor, la justicia, la fe inviolable y la verdad pura han hallado muchos mexicanos iguales á ti!»<sup>1</sup>

ANGEL POLA.

<sup>1</sup> Los datos de esta biografía los he obtenido textualmente de las personas siguientes: Sras. Manuela Calderón de Tapia, Clara Campos é Ignacia Maya de Méndez; Sres. Patricio Balbuena, José María Mata, Manuel Alas, Vicente Moreno, Valeriano Lara, Ignacio Ojeda Verduzo, Agapito Ojeda, Francisco Corral, José M. Velasco, Nicolás Alcántara, Piedad Trejo, Francisco Herrera; generales Epitacio Huerta, Félix Zulóaga y Miguel Negrete.

Debo también una parte de los documentos, que hoy por primera vez se publican, á la muy apreciable y distinguida dama, Sra. Doña Josefina Mata y Ocampo de Carrera.

En mi visita á Pateo, Pomoca, Maravatío y las otras estaciones del calvario del Santo de la Reforma, recogí muchos de los datos sobre su vida, su martirio y su muerte. Débolos á testigos oculares y á las autoridades locales, que me allanaron todo género de dificultades en mis investigaciones.

Tengo la firme convicción de que el General Leonardo Márquez, con toda premeditación, á entera conciencia, mandó aprehender á D. Melchor Ocampo, le trazó su calvario y ordenó su asesinato y la profanación de su cadáver.



Sundhill on Harborsburg  
No 2. 1811